



¿AMAR A DIOS?

Sucedió en Jerusalén. Un escriba, un sabio de Israel, se acercó a Jesús y le preguntó:

- *¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?*

- *El primero es: Escucha Israel, el Señor Dios nuestro es el único Señor; y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente y con todas tus fuerzas¹.*

En este artículo, nos preguntamos por qué este mandato es tan importante, y cómo cumplirlo.



¿CÓMO?

El Creador siempre desea nuestro bien. Y cuando dicta un mandamiento es para manifestar lo que nos conviene. Asimismo, cuando Jesús dice que amar a Dios es lo primero, lo afirma por nuestro bien. Amar a Dios es lo principal para el bien y felicidad de los hombres.

Jesús nos dice también que los seres humanos somos capaces de amar a Dios. El Señor es el mayor bien, el bien infinito. Y podemos amarlo. Hemos sido creados con capacidad para amar el bien infinito. Así



1. Mc 12, 2930. Dt 6, 4 - 5.

se explica que los bienes terrenos nunca acaban de hacer felices a los hombres.

En consecuencia, **amar a Dios debe ser lo principal.**

Amar a Dios es lo principal para el bien y felicidad de los hombres.

Como el bien infinito es el único que puede hacernos completamente felices, hay que asegurarse de alcanzarlo, y debe ocupar el primer lugar en nuestras prioridades.

El hombre suele situar al Señor como una cosa más: trabajo, aficiones, Dios, familia, amigos, internet... Y luego uno se organiza, dedicando tiempo a cada asunto según necesidad y prioridades. Sin embargo, Jesús afirma que el amor a Dios debe ser con todo el corazón, y esto implica exclusividad, sin que otros amores se interpongan o resten atención.

¿Y las demás ocupaciones? Se puede amar otras cosas pero siempre que esas actividades, trabajo, aficiones..., estén incluidas dentro del amor a Dios. Trabajaré, porque esto le agrada; descansaré, porque el Señor

también desea que sus hijos descansen, etc. Amarle con todo el corazón equivale a ocupar *todo* el tiempo en lo que Dios quiere, haciendo siempre la voluntad divina.

Con esas palabras al escriba, el Señor

proporciona unidad y paz a nuestra vida. No somos seres empeñados en una lucha continua por distribuir las horas entre diversas actividades. Sino que en cualquier acción y tiempo deseamos amar a Dios. Nos organizamos la vida sin ansiedades, pues en cualquier momento sólo queremos la misma cosa: **amar al Señor, hacer su voluntad.**

Somos personas dedicadas al amor a Dios, y esto otorga al hombre una dignidad grande, porque pasa a ser alguien que dirige pensamientos y afectos hacia el bien infinito.

Además, así el hombre queda libre de muchas esclavitudes, manejando las cosas de la tierra con señorío. Los asuntos mundanos interesan sólo relativamente: si ayudan a querer a Dios.

Amarle con todo tu corazón y todas tus fuerzas exige crecer en el amor conforme el corazón se dilata y las fuerzas aumentan. En cada ocasión, hemos de amarle

con el corazón y las fuerzas que disponemos en ese instante. En la medida en que corazón y fuerzas crecen, así deberá aumentar nuestro afecto. En consecuencia, aspiramos a quererle siempre más.



Quien ama no se conforma. Todo le parece poco. Aspira a excederse. Sería muy raro que un novio dijera a la amada de su corazón: *He pensado que ya hago*

suficiente por ti, y no pienso aumentar mi amor. Este tipo de afirmaciones no caben entre enamorados y tampoco respecto a Dios.

*Quien no quisiera amar a Dios más de lo que le ama, de ninguna manera cumplirá el precepto del amor*². Quien le quiera menos no cumple bien el primer mandamiento.

A primera vista esta totalidad de amor parece difícil e inalcanzable, pero un detalle torna asequible el intento. Basta fijarse en dos letras, sólo dos letras: *tu*. El Señor exige amarle con todo *tu* corazón. No con un corazón teórico o angélico, sino un corazón humano, el de cada uno: *tu* corazón. E igualmente con toda *tu* alma, *tu* mente, *tus* fuerzas.

Aunque nos gustaría, no se trata de amarle con las fuerzas de toda la humanidad, sino con las nuestras. No exige amarlo con un corazón gigantesco, sino con el nuestro; pero por completo, sin regateo. *Dame hijo mío tu corazón*³.

¿Cómo amar a Dios así? ¿Qué obras concretas se deben realizar? Encontramos una respuesta recordando que se trata de amarle con un corazón humano. Basta, pues, fijarse en qué detalles se muestra el amor humano.

Era un agricultor⁴. Vivía en una casita pequeña, con una cocina diminuta, unas habitaciones reducidas y un amor grande hacia su mujer y sus seis hijos. Junto a la

casa, poseía un campito donde cultivaba unos frutos grandes, redondos, verdes por fuera y rojos por dentro. La gente les llama sandías.

Los asuntos mundanos interesan sólo si ayudan a querer a Dios.

Nuestro agricultor dedicaba horas abundantes y exclusivas a su cuidado, siempre buscando el modo de mejorarlas. Pensaba continuamente en ellas: si necesitan más agua o abono, si se debe

desinfectar o quitar malas hierbas. Tan pendiente estaba que les había puesto nombre: la Gertrudis era más grande, la Sinfo -de Sinforosa- era la moderna que se peinaba con un bucle verde claro, etc.

También empleaba bastante tiempo en informarse leyendo libros y pidiendo consejo. Lo que aprendía era aplicado



enseguida en la práctica, y las sandías crecían con garbo y esplendor, mientras el tiempo de verlas se aproximaba.

Pasaban los días, maduraban las sandías, y poco a poco se tor esperaba con paciencia, lo pensaba con cuidado, calculando con precisión el grado de madurez

3. Prov 23, 26.

4. Pedro Antonio de Alarcón trató el tema en *El libro talonario*.

de los frutos. Al fin se dijo: Mañana. Ya están en su punto. Mañana es el día. Mañana las vendo en el mercado.

Y esa noche le robaron las sandías.

La historia continúa y terminará bien, y aquí se contará el final. Pero antes comparemos el amor a las sandías con el modo de amar a Dios, puesto que se trata de amarle con un corazón humano. El agricultor las cuidaba con esmero. Cualquiera labriego se desvela bastante por su siembra, pero nuestro protagonista ponía un interés especial, mostrando así la intensidad de su afecto.

Lo apropiado a la dignidad infinita de Dios es que el hombre le ame con toda el alma, con toda la mente, con la dedica-

Quien ama no se conforma

ción entera de su vida. Obviamente, no es posible pensar continuamente en el Señor, ni se trata de conseguir esto. Lo que deseamos es dedicar cada instante a Dios, con intención de agradarle en todo momento. Le ofrezco mi trabajo y mi descanso. Realizo este esfuerzo por Él; y este otro, porque le gustará.

Además, quien ama de verdad al Señor le dedica tiempo en exclusiva. Minutos de oración, de lectura, tiempo para recibir los sacramentos o rezar el rosario. Horas para mejorar la formación cristiana asistiendo a charlas. **Tiempo para cultivar el amor al Señor.**

Cualquier amor necesita expresarse en servicios hacia la persona amada; y el amor a Dios también reclama ser ejercitado en palabras y obras.

Terminemos el cuento. A la mañana siguiente, el agricultor se levantó, rezó sus oraciones y, como todos los días, salió a echar un vistazo a su huerto. Miró, vio y se asombró de lo que vio. O más bien, de lo que no vio. Las sandías no estaban. Se las habían llevado.

Tras unos minutos de abatimiento, el agricultor buscó soluciones y se le ocurrió una idea: *El ladrón querrá venderlas. Y el mercado más próximo es en tal pueblo.* Y hacia tal pueblo dirigió sus pasos. Llegó. Caminó nervioso entre los puestos de venta. Y descubrió sus inconfundibles sandías. La Gertrudis grande, la Sinfo con su bucle verde claro, etc.

Reclamó ante un policía. El comerciante negó el robo. El policía dijo que no podía hacer nada porque faltaban pruebas. Entonces el agricultor sacó de su bolsillo las pruebas que, previsora, había recogido. Eran las matas de su campo y se vio que coincidían con las sandías robadas. Al verse descubierto, el ladrón reconoció los hechos y hubo de pagar una cantidad elevada por las sandías, que pasaron de robadas a compradas.

En definitiva, **quien desea amar al Señor quiere emplear todas sus fuerzas en cumplir la voluntad divina.** Esto era obligación de los esclavos en la antigüedad; de ahí que la persona que más ama a Dios se define a sí misma diciendo: *he aquí la esclava del Señor*⁵, la que quiere servirle y cumplir sus deseos. Esta esclavitud es maravillosa y liberadora, porque Dios es muy humilde, nos ama inmensamente y nos da la oportunidad de alcanzar el Bien infinito.

..... **IGNACIO JUEZ**

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Los diez Mandamientos son una guía para la vida; y pueden ser compartidos por muchos que no se consideran cristianos.

En una ocasión se acercó un joven a Jesucristo y le preguntó: *Maestro, ¿qué tengo que hacer para alcanzar la vida eterna?* La respuesta fue muy simple: *Ya conoces los Mandamientos, guárdalos.*

Al hombre moderno le gusta pensar, porque le han educado así, que es un hombre libre, y, quizá por eso, ve con recelo la idea de que le impongan unos mandamientos. Para el judío bueno y justo los mandamientos no eran una imposición y una carga, sino todo lo contrario: un regalo y un alivio. Veían en ellos el modo de agradar a Dios, las señales que indican el buen camino y la luz que nos permite caminar en la oscuridad.

El libro del Éxodo, donde aparece la lista de los Mandamientos, es uno de los principales de la Biblia. Es un libro épico porque cuenta la salida del pueblo de Israel de Egipto, el paso del Mar Rojo, la peregrinación por el desierto hacia la tierra prometida, y la solemne alianza entre el pueblo hebreo y Dios. Para los cristianos

el éxodo es una imagen que anuncia la liberación del pecado y el paso hacia la tierra prometida que es el cielo.

El pueblo hebreo después de pasar el mar Rojo vagó por la península de Sinaí y allí acampó. Moisés, que era el guía, subió a la cima del monte y pasó varios días, envuelto en una impresionante nube, hablando con Dios. Tuvo lugar allí la entrega de la Ley que debía guardar el pueblo. En primer lugar Dios le dio el decálogo, los diez Mandamientos. Después otros muchos preceptos sobre casi todos los aspectos de la vida. Moisés bajó con ellas de la cima y se encontró con una desagradable sorpresa: aquel pueblo que acababa de firmar una alianza con Dios ... ya se había cansado. Viendo que Moisés no volvía y creyéndolo muerto, fundieron todo el oro que tenían e hicieron un becerro a fin de tener algo que adorar.

Ante este espectáculo Moisés, enfurecido, tiró las tablas al suelo, las cuales se partieron, subió de nuevo a la cima, pidió

perdón y recibió unas nuevas tablas. Algunos han imaginado que se habla de dos tablas de piedra porque en los contratos y acuerdos antiguos y modernos se hacen dos copias, una para cada parte. Sin embargo, la representación tradicional aprovecha las dos tablas para dividir los Mandamientos en dos grupos: los que se refieren a Dios y los que se refieren al prójimo.

Los mandamientos que se refieren a Dios se pueden resumir en uno solo: **Amarás a Dios sobre todas las cosas**. Y los que se refieren al prójimo también: **Y al prójimo como a ti mismo**.

Cada uno de los mandamientos se ha convertido en algo así como un capítulo de la moral cristiana, pero según el sentir de la Iglesia esta moral no es solo cristiana sino que expresa la moral natural, la moral que todos los hombres tienen

por naturaleza, la que muchos pueden alcanzar con solo tener un poco de sensibilidad. Los primeros cristianos se quedaron asombrados al comprobar hasta qué punto lo que enseñaban coincidía con muchos preceptos de la sabiduría antigua griega y romana.

No está de más recordar aquí los diez mandamientos, aquellos que aprendimos de pequeños y que no debemos olvidar.



Colegio
Montessori

Calle Rafael Lapesa 1
37004 Salamanca

www.montessorisalamanca.net